

3, 7, 12, 39, 44, 94, 134, 176, 201, 220, 222, 224, 245, 277, 282); otros sólo recogidos en una región o comarca española, algunos quizá propios del os del Noroeste peninsular (cuentos 35, 58, 59, 130, 173, 206, 259, 262); otros que presentan curiosas uniones de diferentes tipos (como el 296, 127A + 2016 Aarne-Thompson) y otros que se creía perdidos (como el 157).

De muchos otros cuentos aporta Camarena una versión más, la recogida por él en tierras leonesas, que lleva el valor implícito de registrar el habla dialectal de una zona tan importante como la encuestada. Sin duda, los *Cuentos tradicionales de León* son por todos estos motivos un lugar de cita fundamental para los estudiosos de estas materias.—ABRAHAM MADROÑAL DURÁN

SLATER, Candace: *City Steeple, City Streets. Saint's Tales from Granada and a Changing Spain* (Berkeley: University California Press, 1990), 240 pp., con 23 fotografías en blanco y negro.

La profesora Slater había desarrollado ya en *Trail of Miracles* (ver RDTP, LXIV, 1989) un sólido método de investigación de la tradición oral y en particular de ese indefinible género que son las leyendas «piadosas», una contrapartida, en parte cómplice, de las «vidas de santos». Se trataba de un estudio de leyendas brasileñas sobre el Padre Cícero. No cabe duda que la investigación, cuyos resultados están expuestos en *City Steeple, City Streets*, fue planeada con el fin de contrastar en perspectiva comparativa buena parte de los hallazgos anteriores. Es justo reconocer la coherencia de esta trayectoria investigadora y alabar la justificada pretensión de poner cerco a ese género de la tradición oral y de tratar de acceder desde él al proceso mismo de la tradición oral. Un proceso demasiado complejo que tal vez se comprenda mejor si se aborda parcialmente que si pretende abarcar completamente.

Tiene, sin embargo, un problema añadido, que la profesora Slater no rehuye, el análisis de los contenidos. Este libro, como el anterior, no es sólo ni principalmente un estudio de las leyendas, es también un estudio de la religiosidad española, o al menos granadina. Y, según la autora, un estudio de una España en cambio. ¿Es que no es legítimo estudiar la tradición oral como proceso?, ¿no resultaría un formalismo injustificable olvidar que ese proceso no opera en vacío? La respuesta a estas preguntas determina el método de investigación. Slater se pronuncia claramente por un análisis contextual, que por definición asume el estudio de los contenidos. La combinación de ambos planteamientos presenta, sin embargo, problemas de difícil solución. El análisis de la tradición oral en contexto y como proceso se hace factible si se delimita un fragmento de ella como objeto de estudio, por ejemplo, leyendas «piadosas». Pero como el estudio de la tradición oral arrastra un estudio de sus contenidos, es posible que cuando se delimita un tema de investigación en un determinado área y tiempo, por ejemplo, religiosidad en Granada en pleno siglo XX, no baste con fijarse fundamentalmente en unas cuantas leyendas «piadosas».

En la España del siglo XX puede hallarse una serie de personas incursas en procesos de canonización y con un cierto culto local o incluso de ámbito mayor, por ejemplo, Teresita González-Quevedo y Cadarso († en 1950) en Madrid, Mosen Domingo y Sol en Tortosa, Pilina Cimadevilla López-Dóriga († en 1961) en Madrid, Josefa Segovia (cofundadora de las Teresianas, † en 1957), etc. Todos ellos con biografías «oficiales», todos

ellos con tumbas en templos que son lugar de peregrinaciones, todos ellos con un elenco de objetos (reliquias-escapularios, estampas, etc.) que contribuyen a la difusión de su «devoción» y que pretenden acelerar el proceso de canonización. Y el culto a todos ellos está inserto en una España en cambio. Es muy difícil valorar si el grado de «popularidad» de las devociones a estos «santos» es comparable al de Fray Leopoldo de Alpendeire o si el estudio de cualquiera de ellas hubiera proporcionado más materiales legendarios que los recopilados en Granada. En todo caso es probable que este estudio hubiera sido más enriquecedor de lo que es si hubiera prestado también atención a las devociones a todos estos otros «santos», incluida la del Padre Manjón en la misma Granada. Y la imagen de una España en cambio probablemente hubiera sido más completa.

Una buena parte de estas cuestiones se suscitan desde el compromiso de un análisis contextual. Un análisis que efectivamente requiere una investigación de campo concebida en su pleno sentido antropológico. De sus vicisitudes y de sus circunstancias la autora da cuenta en el capítulo introductorio.

Una breve reflexión a propósito de esto. Tal vez a los investigadores les interese conocer hasta qué punto y en qué condiciones pueden lograr una amplia recopilación de textos legendarios en una población urbana entre gentes de clases medias o bajas, tanto jóvenes como mayores, con distinto nivel académico y con muy diferentes actitudes hacia lo religioso y hacia una particular figura religiosa, a quien la «gente» atribuye «milagros». Debe haber sido una ímproba tarea, habiendo adoptado la encomiable actitud de dirigirse a la población de Granada en general y no tan sólo a los peregrinos que acuden todos los días 9 de mes a la cripta de los Capuchinos. De la dificultad de esta tarea es muestra la relativamente corta cantidad de textos que la autora considera «leyendas» (o «contra-leyendas»). Del P. Cícero en *Trail of Miracles*, la autora obtuvo prácticamente el doble. Y aún más, si se leen con detenimiento los textos que la autora incluye en este libro (y de los que se registra una versión en castellano en un Apéndice) posiblemente muchos investigadores sólo calificarían propiamente como «leyendas» unos 25, el resto, hasta 52, tal vez son historias del pasado-presente no tan directamente relacionadas con Fray Leopoldo. Sin duda relacionadas con un tema más general: religiosidad. Pero cabe la sospecha de que sobre este tema en Granada el acopio de textos legendarios podría haber sido mucho más abundante.

El modo expositivo procede del contexto al texto. En los dos primeros capítulos el lector puede encontrar primero una breve revisión de las relaciones entre Iglesia y Estado en la España moderna, que pasa demasiado rápidamente por el siglo XIX, e incluso también por el siglo XX, y en la que se alude a algunos acontecimientos fundamentales, que se supone han afectado profundamente a la religiosidad, pero en la que se echa en falta, entre otras cosas, un estudio de los cambios y de las continuidades en las devociones a los santos. La segunda aproximación contextual presenta a grandes rasgos la España de la época de Fray Leopoldo y alude a los centros devocionales en la Granada actual, tratando de justificar el no desdeñable interés que despierta su figura. Al fin y al cabo el «hermano» desplegó fundamentalmente su labor en la ciudad y su entorno y es recordado por muchos. La autora destaca que hoy la importancia del «santo» está en haberse convertido en pretexto para «expresar opiniones controvertidas y ambivalentes sobre los santos, lo sobrenatural y la iglesia», por un lado, y también «por estar asociado a un momento histórico crucial para un pueblo», con lo que la gente le utiliza como pretexto para comparar la España de Franco (y sobre todo la España de la postguerra) y la España actual. Explícitamente en p. 80 e implícitamente en casi toda la obra, la autora trata a Fray Leopoldo como a un «símbolo». Eso es más que suficiente para justificar su «importancia».

Pero en consecuencia, este libro también podría ser entendido como un análisis de un símbolo e incluso como un estudio del proceso de elaboración de un símbolo.

La tercera aproximación contextual se refiere a la Iglesia y a la confección y codificación de la «Vida» del santo, escrita por Fray Ángel de León y que apareció publicada en 1987 bajo el título *Mendigo de Dios*. (Esta investigación no contó previamente con ella, pues se hizo en 1984 y se completó en 1985). Este magnífico capítulo, que está acompañado de una bibliografía excelente y que incorpora información sobre el proceso de canonización del «santo», ofrece una ilustrativa versión del aspecto «oficial», también relativamente plural y también controvertido, de la devoción. Sólo se echa en falta un análisis de la presencia y acciones de algunas órdenes religiosas en Granada y especialmente de los Capuchinos.

Una vez dibujado el contexto en distintos planos, la autora presenta los textos agrupados en tres apartados: leyendas, contraleyendas y presentaciones del pasado. Cada uno de ellos se inicia con un intento de caracterización sociológica de los «narradores» y algunas referencias a contexto de situación, para pasar después a analizar la estructura narrativa y rasgos relevantes de los textos. La ordenación y clasificación de los textos de la tradición oral, incluidas las leyendas, casi siempre es discutible, pero siempre es necesaria. Los puntos de discusión que aquí podrían proponerse son los siguientes:

1. Los incluidos en el apartado tercero, «presentaciones del pasado», se refieren sólo incidentalmente a Fray Leopoldo. Tal vez podrían haber sido presentados muchos más «relatos de la postguerra» suscitados a propósito del recuerdo de algún familiar o de alguna figura pública o de la mención de algún acontecimiento local o nacional de la época. Y tal vez todos estos motivos hubieran sido relevantes para el ejercicio de comparación entre el pasado y el presente en las mismas líneas y con parecidas actitudes que las que aparecen a propósito de Fray Leopoldo, o tal vez no. Pero en todo caso la visión del presente al recrear el pasado o la visión del pasado desde la interpretación del presente hubiera sido mucho más completa y todos esos textos hubieran ayudado a ilustrar mejor algunos de los rasgos de las leyendas como género y, sobre todo, algunos de los rasgos de la tradición oral como proceso.

2. La categoría de «contraleyendas» es sorprendente. En principio conlleva cierta ambigüedad. No es claro si alude a (y cuestiona) la «veracidad» del relato o la «santidad» del protagonista. Aunque hay que reconocer que muchas veces sería un error entender dissociadas ambas cosas. Por los textos incluidos en este apartado se colige que no son correlatos en negativo de los textos del primer apartado, el de «leyendas», es decir, versiones «chuscas», divertidas, bien o mal intencionadas de intervenciones «milagrosas» del santo —que en el caso de otros santos en otros lugares de España las hay y casi en abundancia—, sino diatribas anticlericales dirigidas fundamentalmente contra los Capuchinos y en el fondo contra la Iglesia. Pero muchos de estos textos «contralegendarios» parecen tener el aparente objetivo de ensalzar por contraste la figura de Fray Leopoldo, aunque eso implique afirmar su bondad («pobrecito») a costa de negar su «santidad» (negocio para los frailes).

3. En cuanto a los textos clasificados como «leyendas», que como los demás son presentados con valiosas notas comparativas (Índice de Motivos de Thompson, Diccionario de Milagros de Brewer, Leyendas cristianas de Loomis), no se ha prestado bastante atención a la diferente popularidad de ellos. En el Apéndice A, la autora menciona que los episodios más conocidos son el de «la piedra tan pesada que no se podía remover», «la panadera recompensada por su generosidad», «el mudo que recobra el habla», «la profecía sobre la recuperación de una mujer enferma», «estar en dos sitios a la vez», «arar él solo un

campo más deprisa que otros trabajando en grupo», el primero conocido por más de cuarenta informantes y el resto por más de diez. Otros episodios que aparecen en la «Vida» de Fray Ángel no han sido registrados como parte de la tradición oral (es decir, por la autora). La diferente «popularidad» de los episodios es algo que no se debería olvidar, pues uno de los rasgos de la tradición oral es su carácter selectivo. (Del mismo modo, pero en otro sentido, que la «Vida» escrita por Fray Ángel selecciona determinados episodios y olvida otros).

Las conclusiones de este trabajo tan cuidadosamente realizado son interesantes aportaciones a dos temas: las actitudes religiosas en Granada y el proceso de la tradición oral y, en conjunto, al papel de las leyendas «piadosas» en una sociedad contemporánea. Sobre la religiosidad en Granada destaca el pluralismo, las actitudes anti-institucionales y la continua relación establecida entre el presente y el pasado reciente. Son rasgos de una España en cambio (y también en continuidad) que se evidencian en las actitudes religiosas. Probablemente los rasgos más marcados en una población extensa de una ciudad andaluza de finales del siglo XX. Pero como no es, sino incidentalmente (?) un estudio sobre la religiosidad en Granada y no se prestó suficiente atención al numeroso grupo de peregrinos que acuden a la cripta, la complejidad de la creencia y de la devoción al «santo» queda un tanto desdibujada. Uno de los aspectos de esa creencia es sugerido en distintas ocasiones por algunos informantes: algunas personas relativamente escépticas pueden pasar a ser creyentes más o menos convencidos en momentos críticos, al menos durante algún tiempo. Un fenómeno que en el caso de las devociones a los santos es probablemente decisivo.

Las conclusiones que se refieren a la tradición oral como proceso relativizan algunas oposiciones clásicas: lo oficial y lo popular, lo sagrado y lo secular, lo oral y lo escrito, el pasado y el presente. Son páginas muy instructivas para aquellos que mantienen posiciones simplistas sobre la tradición oral. Por ejemplo, lo que se podría llamar lo «oficial» y lo «popular» en las historias sobre Fray Leopoldo no tienen una definición nítida. Las versiones e interpretaciones «oficiales» sobre el «santo» son a veces tan contrarias como se supone que lo son respecto a las versiones «populares», que a su vez admiten una pluralidad de actitudes. Es verdad que eso no implica «que no haya diferencias entre personas y grupos que compiten por la posesión de un símbolo común» (p. 184). Si esta apreciación hubiera sido desarrollada, probablemente el lector hubiera podido disfrutar de este libro como si se tratase de un estudio sobre la fascinante competencia que a veces establecen los grupos y las personas por apropiarse de símbolos que primero construyen. No cabe duda que las leyendas son un buen instrumento para construir símbolos y para apropiarse de ellos.

No hay en el libro tantas comparaciones explícitas entre Brasil y España como era de esperar. Algunas se encuentran entre las conclusiones. Seguramente habrá que esperar del buen hacer de C. Slater publicaciones posteriores que muestren, de tan consistente forma como suele, el gran conocimiento que tiene de las leyendas y de la tradición oral.—HONORIO M. VELASCO.